

Un símbolo en el espacio



ILUSTRACIÓN: SERGIO BORDÓN

Yuri Gagarin es el primer humano que viajó al cosmos, en plena Guerra Fría, dando a la ex URSS un triunfo sobre EU. Falleció hace 40 años, quizá porque “después de visitar el espacio no se acostumbró a vivir en la Tierra”, dice el autor **TEXTO: GUILLERMO FADANELLI**

En sus *Memorias del subsuelo*, Fedor Dostoievski, expresó en unas líneas el desaliento que le causaban las ciencias naturales, no obstante que durante un tiempo estudiara ingeniería en la Academia Militar de San Petesburgo. No podían interesarle menos los cálculos, la física, o el progreso científico cuando delante de sí el sufrimiento humano se le revelaba infinito: iluminado por esta especie de revelación, el escritor ruso se sumergió en los sótanos del alma humana y abandonó los números y la aventura de la técnica. En 1961, casi un siglo más tarde de la publicación de *Memorias de una casa de muertos*, los soviéticos lograron que un ser humano pasara por primera vez en el espacio, a una velocidad de 28,000 kilómetros por hora.

Probablemente, de haber vivido en esta época, el escritor ruso más famoso que ha existido nunca se habría decepcionado del tiempo y el esfuerzo que invirtieron sus compatriotas con tal de que un

hombre asomara la cabeza en el cosmos. Al mismo tiempo, habría comprobado, Dostoievski, que entre el zar Alejandro II y el líder del comunismo soviético, Nikita Kruschov, no existían mayores diferencias: en ambos gobiernos los pensadores liberales que se oponían a la monarquía y a la dictadura de Estado, respectivamente, eran perseguidos y condenados a realizar trabajos forzados en Siberia.

El primer vuelo espacial alrededor de la Tierra duró sólo una hora y 48 minutos, y el cosmonauta que lo llevó a cabo fue un joven de 27 años, proveniente de una familia campesina y desde entonces el símbolo más importante de la era espacial soviética: Yuri Alexeyevich Gagarin. El mensaje lanzado por la URSS había sido más que preciso: un miembro proveniente de la clase trabajadora paseaba en los cielos gracias a la ciencia desarrollada por un país comunista: ¿qué otra sociedad le ofrecía a sus obreros el cielo y las estrellas?

Una epopeya semejante hacía paliar los avances técnicos de los Estados Unidos que tres años antes, en 1958, habían creado un complejo centro espacial, la NASA, pero que aún no habían realizado ningún vuelo orbital tripulado por un ser humano. El hecho no tenía desperdicio: si Marx invitaba a transformar el mundo en lugar de contemplarlo, nada tan cercano a su deseo como el hecho de que un hombre más o menos común se trasladara al cosmos: metáfora perfecta del poder técnico desarrollado por seres que no sólo pensaban, sino transformaban su entorno. Si un inglés (Edington) había descrito en 1926 con minucia lo que sucedía en el interior de una estrella y un judío (Einstein) había elaborado las leyes conforme a las cuales se comportaba la materia del universo, los técnicos rusos encabezados por el ingeniero en jefe, Sergio Korolev, trascendían las teorías burguesas para construir directamente en la realidad.

Cosmos libre

El progreso técnico acompañaría a los hombres libres en su tránsito por esta vida y Gagarin se convertiría en el símbolo que se le entregaría a un pueblo no muy convencido de su destino (un pueblo que había sufrido ya la furia represora del estalinismo).

El 12 de abril de 1961 Gagarin abordó la nave *Vostok 1* en el cosmódromo de Baikonur en Kasajistán y un par de horas después descendió en paracaídas cerca de la ciudad de Engels, a orillas del río Volga ante la aterrada mirada de unas campesinas. Buscó un teléfono y se comunicó con sus superiores: la misión había sido cumplida. Más tarde fue recibido como un héroe, vitoreado en la Plaza Roja y desde entonces su rostro pertenece a la emblemática de la utopía comunista y de la era espacial moderna.

Recordando la travesía de Gagarin me es inevitable pensar en lo aparentemente minúsculo que resulta elevarse unos cuantos metros en el espacio si

tomamos en cuenta la inmensidad del universo y de su materia estelar. Cioran, el amargo filósofo rumano, relataba que después de haber escuchado a un astrónomo hablar de miles de millones de estrellas había renunciado a lavarse las manos. ¿Qué puede significar un viaje a la Luna o a Marte para un místico capaz de entrar en contacto con Dios o para un artista que se entromete en un universo aún más misterioso como es el de la creación humana?

Los científicos nos sorprenden cuando describen el comportamiento preciso de astros que se encuentran a millones de kilómetros de la Tierra o nos dan noticias de los hoyos negros (ausencias que se producen debido a la enorme presión que existe en el núcleo de una estrella). Ahora *sabemos* que los planetas no giran alrededor del Sol, sino que en realidad avanzan en línea recta dentro de un espacio curvado.

La tenacidad científica no permite mesura: gracias a ella es posible describir la evolución de una estrella, desde su nacimiento hasta su muerte y anunciar que su núcleo puede arder a 15 millones de grados. Con la misma seguridad se nos informa que el universo tiene límites y que la materia y el tiempo se anularían si la primera pudiera desplazarse a velocidades mayores a la de la luz.

Situaciones extrañas suceden también a nivel de la teoría de mecánica cuántica: los hombres de ciencia han descubierto que existen partículas (por llamarlas de alguna manera) que aún no han podido ser vistas por ningún medio, los quarks. Es comprensible que cuando un profano, como es mi caso, escucha estas historias se sienta un ser aún más diminuto. En vista de que los humanos no podemos viajar al núcleo de una estrella ni tampoco tocar con nuestras manos los electrones o los leptones, *comprobamos* estas teorías a partir de modelos o utilizando instrumentos que miden los átomos o las estrellas desde la distancia:

el resto depende de nuestra imaginación. Y sin embargo, Gagarin, como después lo harían otros cosmonautas, sí que pudo mirar la Tierra desde la negrura del universo: “Veo la Tierra. ¡Es tan bella!”, dice la leyenda que exclamó cuando logró ver a distancia esta bola giratoria colmada de agua y montañas.

Cansado de la Tierra

La leyenda del primer viaje espacial tripulado es rica en anécdotas y en exageraciones. La más graciosa es la que cuenta que camino al cosmódromo donde abordaría la nave, Gagarin, nervioso como debía estar, descendió y orinó en una de las ruedas del autobús que lo transportaba a su destino. Desde entonces, los cosmonautas suelen orinar en las llantas de un vehículo antes de abordar la nave que los llevará al espacio, invocando así a la misma buena suerte que acompañó al primer cosmonauta ruso durante su viaje. Que esto sea verdadero o no, carece de importancia: es plausible sospechar que el gobierno soviético se dedicara a ocultar cúmulos de información respecto a sus programas espaciales para dejarnos tan solo una imagen perfecta de poder y realización.

Consecuencia de haber impulsado a un héroe de tales dimensiones, el gobierno soviético decidió retirarlo de la carrera espacial y conservarlo en una vitrina: ¿para qué exponerlo a peligros innecesarios? No resultó: en 1968 durante una práctica en un avión Mig-15 Yuri Gagarin sufrió un accidente y murió: quiero imaginarme que después de visitar el espacio no se acostumbró a vivir en la Tierra. •

GUILLERMO FADANELLI

Ciudad de México, 1964. Escritor. Sus más recientes libros son *Plegarias de un inquilino (Cal y Arena)* y *Educar a los topos y Malacara (Anagrama)*.